

Nicea 325: Renovar la novedad del acontecimiento de Cristo

Con ocasión del aniversario del primer concilio ecuménico, la Comisión Teológica Internacional (CTI) ha publicado un amplio texto titulado, «Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador. 1700 años del Concilio Ecuménico de Nicea 325-2025». El documento no pretende ofrecer una nueva reconstrucción histórica de la asamblea, sino mostrar la relevancia del acontecimiento de Nicea para la vida de la Iglesia y, más ampliamente, para la vida humana. En este sentido, el documento está más orientado al presente que al pasado, y su mirada está puesta en el carácter salvífico de la fe nicena y sus consecuencias para la antropología y para el diálogo ecuménico.

«La celebración de los 1700 años del concilio de Nicea es una invitación apremiante para que la Iglesia redescubra el tesoro que se le ha confiado y aproveche para compartirlo con alegría, en un nuevo impulso, incluso en una nueva etapa de evangelización» (121). Con este propósito, el documento ofrece una lectura doxológica del Credo. Debido a su uso litúrgico, el documento comenta el Credo Niceno-Constantinopolitano (cap. 1). A continuación, la CTI describe el impacto de la fe profesada por el Credo en la vida de la Iglesia, de manera especial, en su vida litúrgica y en la oración (cap. 2). Luego, el texto muestra de qué manera la revelación cristiana, profesada en Nicea, introduce una auténtica transformación en el pensamiento humano y, a la vez, ofrece elementos que orientan la configuración de la Iglesia (cap. 3). El último capítulo analiza las condiciones de credibilidad de la fe profesada en Nicea, con un particular énfasis en el carácter salvífico de la fe cristiana (cap. 4). Este breve comentario se centra en dos perspectivas, destacadas por el documento: Nicea como un punto de llegada en la profesión del acontecimiento de Cristo en el mundo griego y Nicea como punto de partida, es decir, como modelo permanente de inculturación de la fe cristiana.

El Concilio no pretendía introducir algo nuevo en la fe apostólica, sino explicar la fe bautismal (16; 50). La novedad siempre proviene del *acontecimiento* de Jesucristo, su encarnación, su relación filial con Dios, su Padre, la cruz y la resurrección, que es portador de una nueva comprensión de Dios y del ser humano. Esta novedad radical (25), que inicialmente había sido expresada en términos bíblicos, debía ser profesada en un nuevo contexto, el de la cultura griega. El Concilio de Nicea representa, entonces, un momento crucial, un punto de inflexión, en este proceso que había sido preparado autores de los siglos II y III, como Justino y Orígenes (70).

El viejo debate en torno a la helenización del cristianismo suponía que el lenguaje griego era una amenaza para la novedad cristiana; el documento de la CTI, por el contrario, afirma que la fe de Nicea, expresada en el lenguaje del helenismo, introduce la novedad cristiana en el pensamiento griego. Por ello, el Credo de Nicea no implica una degradación de la fe bíblica, sino una transformación, una ampliación, del pensamiento griego: como nunca antes, la alteridad, la relación y la reciprocidad se manifiestan como las categorías que estructuran el ser (81).

La recta profesión de la fe cristiana es aquella que custodia fielmente la novedad cristiana. La historiografía convencional presenta a la herejía como una novedad. De hecho, los historiadores de los siglos IV y V acusaban a Arrio de «introducir novedades» (Sozómeno, *H.E.* 1.15). Por el contrario, en un interesante giro, el documento de la CTI comprende la herejía como una resistencia a la novedad (90). Por ello, la fidelidad a la novedad cristiana, en un contexto cultural nuevo, requiere también de un nuevo lenguaje. Atanasio, en *De decretis*, explica este proceso: los obispos de Nicea no encontraban una expresión bíblica que fuera capaz de excluir la interpretación arriana de la relación del Hijo con el Padre, por ello, se vieron forzados a reunir, identificar, compendiar, compilar (*συναγαγεῖν*) el pensamiento de las Escrituras por medio del término *homoousios* (*De decretis*, 20.3). Las nuevas condiciones culturales exigían un nuevo lenguaje para expresar de manera fiel el sentido de las Escrituras. En otras palabras, la fe de Nicea buscó expresar en términos

filosóficos la eterna relación del Hijo con el Padre, la misma relación que Jesús realizó históricamente, en especial, en su oración, tal como lo narran los evangelios (79). En otras palabras, la íntima relación histórica de Jesús de Nazaret con Dios, su *Abbá*, tiene su fundamento último en la eterna relación del Hijo y el Padre, que profesa la expresión nicena: el Hijo es consustancial al Padre.

Custodiar la tradición, por lo tanto, no significa repetir invariablemente los mismos términos, sino volver a expresar con un lenguaje adecuado la fe apostólica celebrada en el bautismo. La revelación cristiana es histórica no solo porque aconteció en la historia de Jesús, sino también por que se transmite se reformula y se profesa en la historia humana. Para que la revelación sea accesible a las nuevas generaciones, debe ser transmitida en el lenguaje de cada ambiente cultural. Este es el esfuerzo que realizó la asamblea nicena. De acuerdo al relato de Atanasio, ante la ambigüedad de la herejía, la asamblea de Nicea buscaba, por así decirlo, una expresión unívoca de la fe y, para ello, integraron dos expresiones en el Credo. Sin embargo – y aquí reside la paradoja –, en el preciso momento que expresión «consustancial al Padre» fue integrada en el Credo, fue necesario clarificar su sentido auténtico: «No se diría consustancial de acuerdo con la pasión de los cuerpos, ni que llegó a subsistir a partir del Padre de acuerdo con una separación o alguna división» (Eusebio, *Ep. Caes. 7*: FNS 37.7). Más allá de otras consideraciones, es importante destacar que incluso el Credo de Nicea, tal vez el texto magisterial más solemne de la Iglesia, como toda palabra humana, también requiere de interpretación (16-17). Por ello, la asamblea nicena no es solo un punto de llegada, sino también un modelo para las generaciones sucesivas: «el Concilio del año 325 ofrece un paradigma para todas las etapas de renovación del pensamiento cristiano» (71). Nicea, entonces, indica una tarea. Frente a los nuevos universos culturales, alejados de la antigua cultura griega, la CTI recuerda que, por un lado, en Nicea la Iglesia se ha expresado en categorías griegas de manera normativa, indicando un punto de referencia necesario, y que, por otro lado, la Iglesia debe inspirarse en el proceso realizado por el Concilio para buscar hoy nuevas expresiones de la fe que sean significativas para los diferentes lenguajes y contextos (89). Este proceso, que es tan delicado como necesario, requiere de una doble fidelidad: fidelidad al pasado, lo que implica una particular atención al estudio histórico de las fuentes, y fidelidad al presente, que es una condición necesaria para que se produzca un auténtico diálogo entre el evangelio y los hombres y mujeres de hoy. Esta doble fidelidad, descrita por el documento, muestra el carácter dinámico de la tradición. Ella no consiste en repetir, sino en volver a profesar de manera significativa la novedad del acontecimiento de Jesucristo que revela la verdad de Dio y la verdad del ser humano.

Samuel Fernández
Pontificia Universidad Católica de Chile